



WARHAMMER  
AGE OF SIGMAR

# EL JARDÍN DE NURGLE

HALLOWED KNIGHTS

JOSH REYNOLDS

timunmas



# EL JARDÍN DE NURGLE

---

HALLOWED KNIGHTS

JOSH REYNOLDS

timunmas

Título original: *Hallowed Knights: Plague Garden*  
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Matthias de Muyllder

Primera edición: julio de 2018

Hallowed Knights: Plague Garden, Age of Sigmar, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo de The Horus Heresy Eye, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2017 por Black Library Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited, 2017.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0536-1  
Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters  
Depósito legal: B 11452-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## CAPÍTULO UNO

# EL MAR DE ESTRELLAS

La espada rúnica de sigmarita relumbraba en el tenue resplandor del infinito mientras dibujaba figuras intrincadas en el aire. Allí por donde pasaba la hoja, la seguía la luz. Esta, la luz de estrellas antiquísimas y de soles recién nacidos, brillaba fugazmente pero con intensidad antes de desvanecerse. El sujeto que blandía la hoja pensó que podía extraerse una valiosa lección de ese hecho mientras cortaba el aire con un tajo transversal. No obstante, en los tiempos que corrían, si algo abundaba eran las lecciones para el estudiante atento.

Y si una cosa podía decirse de Gardus de los Steel Souls es que era atento. El Lord-Celestant de los Hallowed Knights vestía únicamente una sencilla túnica azul que exhibía el símbolo del cometa de dos colas. Llevaba el pelo blanco muy corto, y sudor y cicatrices eran todo lo que cubrían sus extremidades. Su armadura, de radiante color plateado y fabricada en el mismo metal sagrado que la hoja rúnica, yacía cerca de él, junto a su martillo tempestuoso, esperando su turno cuidadosamente apilados contra uno de los largos bancos de mármol que flanqueaban las paredes. Pronto volvería a enfundarse la panoplia de guerra, y el guerrero revestiría al hombre. Por ahora, sin embargo, seguía siendo un simple hombre, trabajador, feliz y satisfecho.

A través de las plantas de los pies percibía el estruendo omnipresente de las tormentas perpetuas que sacudían el cielo al otro lado de las cúpula

de áeter del Sigmarabulum. En lo alto brillaba la Estrella Alta, Sigendil, un faro eterno en los mares tenebrosos del infinito que se extendían alrededor de las murallas celestiales de Sigmaron. Siempre había sentido predilección por ese lugar, que revolvió algo en su interior. En ningún otro sitio se encontraba más cómodo que ahí, en los límites de todo.

El peso de la espada en la mano, la tensión de los músculos y el creciente dolor por el esfuerzo lo reconfortaban. Incluso el sudor que le entraba en los ojos. Todo ello lo ayudaba a tomar consciencia de sí mismo, a conectarlo con ese lugar y ese momento. Ahí se respiraba paz, durante un rato; una determinación pura y simple, sin complicaciones. Dio media vuelta y dejó que la empuñadura de la hoja rúnica se deslizará por sus manos callosas. El acero místico era una extensión de su brazo, de su alma.

Su piel comenzó a irradiar un resplandor misterioso mientras se movía, como los rayos del sol reflejados en la nieve recién caída; todos los poros de Gardus despedían una luz que inundaba el aire y que luego se atenuaba, cuando instintivamente imponía su voluntad y la obligaba a regresar a su interior. Se deslizó hacia delante con agilidad pese a su tamaño; su fuerza concedida por los dioses rebosaba elegancia. Así eran los obsequios de Sigmar. Sin embargo, había que pagar un precio por ellos.

Todo tenía un precio: tanto físico como de cualquier otra naturaleza. A veces, Gardus sentía que era un recipiente roto y mal reparado, y que todo lo que había sido se escapaba por multitud de grietas. Tal vez ahí estuviera el origen de la luz que acababa de eliminar..., tal vez fuera su alma, intentando huir. Esa idea lo turbó.

En ocasiones revoloteaban en su cabeza fragmentos de conversaciones que no recordaba haber mantenido, rostros sin nombre y nombres sin rostro. Los rescoldos de antiguas emociones se avivaban antes de volver a apagarse. Los fantasmas de aquellos a los que había conocido, a los que había defraudado..., a los que había matado.

Sintió que un calor espectral lo invadía. Oyó pasos sobre el suelo de mármol y los aullidos guturales de los Comepieles. Se le puso la carne de gallina cuando se dio cuenta de que los aullidos sonaban cada vez más cerca. De repente le pesaron los candelabros que sostenía. Las puertas del hospicio se abrieron de forma abrupta hacia dentro y...

Suspiró. Apretó la mano que empuñaba la espada rúnica y sacó fuerzas del acero y resolución del propósito de la hoja. No estaba sujetando candelabro alguno. Se dio la vuelta al mismo tiempo que cortaba el aire

con la espada y dejó que el peso de la hoja hiciera todo el trabajo, tal como le habían enseñado. Envió de vuelta al reino del olvido a los Comepieles. Pero no habían venido solos.

Una mano enorme y que apeataba a putrefacción intentó alcanzarlo. Gardus dio un salto atrás al mismo tiempo que lanzaba un golpe con la espada de abajo arriba. Luego oyó el estrépito de unas carcajadas demoníacas, mientras la imagen oscilaba y se dispersaba. Otro recuerdo fragmentado, si bien a este podía ponerle un nombre: Bolathrax.

—Mucho se exige a quienes mucho se concede —dijo para sí mientras trataba de desterrar el recuerdo de su cabeza. Bolathrax ya no existía. Alarielle lo había enviado de regreso al vacío—. Mucho se exige a quienes mucho se concede —repitió. El mantra tuvo un efecto balsámico en su mente agitada. Su voz resonó en la plataforma y las reverberaciones se fundieron con el rugido de la tormenta, de la misma manera que el resplandor de su hoja se fundía con el destello de las estrellas en el cielo. Aminoró la velocidad de sus movimientos hasta que adquirieron un ritmo más elegante. Su espada rúnica se movió perezosamente, con menos precisión, a la vez que sus músculos se relajaban y su atención dejaba atrás viejas heridas.

Ahí, en el precipicio del Sigmarabulum, estaba lo más cerca que nadie podía estar de la bóveda celeste, salvo los dioses. Era un océano de color y de luz, infinitamente vasto y de una terrible ferocidad cósmica. Las estrellas rotaban a través de las nebulosas palpitantes y deshilachadas, e inmensas coronas destellaban a lo lejos. Y en sus corrientes se acurrucaba el corazón, que todavía latía, de un mundo destruido. Alzó la vista.

Mallus. El mundo que fue. El último suspiro de todo lo que había existido antes. Un fragmento de una grandeza olvidada que proyectaba extrañas sombras en las vastas forjas, en las armerías y en las fábricas de almas de Sigmaron. El mundo destruido era al mismo tiempo un recordatorio y una promesa para los moradores de Sigmaron.

Gardus bajó la mirada, incapaz de aguantar durante mucho rato aquella visión. En todo caso, no necesitaba que nadie le recordara lo que estaba en juego; mantendría su promesa contra viento y marea.

Era un Stormcast Eternal y no podía hacer otra cosa. La encarnación de la tempestad, reforjado para combatir en el nombre de Sigmar, para luchar y morir y volver a luchar hasta conseguir la victoria definitiva, o hasta que los cimientos de todo lo que existía fueran finalmente

destruidos. Ese pensamiento lo angustiaba, pues la victoria no estaba garantizada y a veces le parecía que el precio que tenía que pagar era excesivo. Lo arrinconó en su cabeza y se concentró en la hoja rúnica que empuñaba y en los reflejos de las estrellas que danzaban en su filo. A él lo habían forjado como un arma, con un propósito, y lo cumpliría.

Adoptó una postura de defensa y levantó la espada rúnica con un giro de muñeca. La bajó un instante después y se desplazó hacia la izquierda. Como la tormenta, siempre era mejor estar en continuo movimiento. En Ghyran, el Reino de la Vida, había aprendido que quedarse quieto solía tener como consecuencia ser superado. Un guerrero debía fluir, como el agua, de lo contrario, inevitablemente se erosionaba, como les ocurría incluso a las montañas más altas.

Hizo una pausa, con la espada alzada. Advirtió una nueva presencia justo detrás de él.

—Utilizas la espada como un pintor emplea sus pinceles, Steel Soul.

Gardus se dio la vuelta al mismo tiempo que bajaba el arma.

—Y tu voz transporta el rugido de la tormenta eterna, Beast-Bane. Cada cual posee sus talentos.

Zephacleas Beast-Bane rio estridentemente. El Lord-Celestant de los Astral Templars era estridente en todo, para profundo desagrado de algunos.

—Cierto —repuso Zephacleas mientras avanzaba hacia Gardus, sonriendo—. Cuando me enteré de que habías regresado decidí venir a presentarte mis respetos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos.

Se estrecharon los antebrazos.

Zephacleas era más grande que Gardus, incluso para tratarse de un miembro de los Stormcast Eternals, y tenía un aspecto aterrador a pesar de su jovialidad. En su vida mortal, el hombre que acabaría convirtiéndose en Zephacleas había sido un caudillo bárbaro de las Tierras de Ghur, un tipo mastodóntico, pendenciero y bravucón. El Apoteosis lo había refinado en cierta manera, pero la capa de civilización que lo recubría era muy fina. Y lo cierto era que ahora parecía más fina que la última vez que se habían visto.

Sostenía el yelmo bajo el brazo y llevaba la cabeza descubierta, con el largo cabello y la barba recogidos en trenzas gruesas. Sus magulladas facciones nunca serían hermosas, pero sus ojos poseían un brillo de alegría y su sonrisa era franca, pese a los muchos dientes que le faltaban.

Igual que su rostro, su armadura de guerra exhibía los moratones y las cicatrices del uso; tenía los bordes dorados ajados y pálidos, y ahora estaba engalanada con unos adornos espeluznantes: colmillos y garras arrancados de los cuerpos sin vida de bestias monstruosas que repiqueteaban con los sigilos sagrados de Azyr. Sobre una hombrera se había colocado el cráneo de un orruk que tenía grabadas unas runas primitivas.

—Eso es nuevo —dijo Gardus, señalando la calavera.

—¿Esto? —Zephacleas le dio unos golpecitos con los nudillos—. Es Drokka, o era, mejor dicho. Un obsequio del mismísimo Puño de Gorko.

—Oí que te enviaron a conversar con los orruks. Me alegra ver que has hecho amigos. —Gardus apoyó la hoja rúnica en el hombro—. Me preocupaba que pudieras ofenderlos y te enviaran de vuelta cortado en pedacitos.

—Solo hay que saber cómo hablarles. —Zephacleas señaló la cabeza de Gardus—. Te has cortado el pelo. Y la última vez que te vi estaba negro.

—El Athelwyrd —dijo sin dar más explicación mientras se pasaba una mano por la cabeza.

A Zephacleas se le borró la sonrisa. Sabía a qué se refería Gardus. Habían luchado hombro con hombro en el valle escondido, defendiendo a Alarielle, la reina de los Bosques Radiantes, la encarnación de Ghyran, el Reino de la Vida. Y durante esa batalla Gardus había... muerto.

—Supongo que eso lo explica todo. —Zephacleas escrutó a Gardus como si buscara algo en su cara—. ¿Tú... recuerdas algo? De lo que pasó después, me refero.

Gardus frunció el ceño y afloraron recuerdos fragmentados y dispersos de aquellos momentos finales. Rememoró el hedor pestilente de la Gran Inmundicia cuando apretó sus dedos putrefactos alrededor de su cuerpo maltrecho para reventárselo y partirle los huesos con la intención de arrancarle la vida. Y revivió el dolor que sintió cuando un rayo de luz lacerante se lo llevó de los campos de muerte y lo transportó a las celestiales cámaras abovedadas de Sigmaron. Una vez allí, el Rey Dios reforzó su cuerpo informe, destrozado con sus propias manos, y lo dejó listo de nuevo para el servicio.

A golpes de martillo, había recompuesto los fragmentos de su alma. Con cada martillazo, todos ellos una tempestad, recuperaba los pocos recuerdos e instintos que le quedaban. Su vida anterior fue el fuego con el que se forjó su renacimiento. ¿Seguía siendo el mismo que había sufrido las tribulaciones que aún poblaban sus pesadillas, o solo era un pálido

reflejo de ese guerrero, restaurado y bautizado con el mismo nombre? El recuerdo de un recuerdo en un cuerpo prestado.

—¿Gardus? —La voz suave de Zephacleas lo arrancó de su ensimismamiento. Parecía preocupado. Su aspecto brutal escondía una mente ágil; Zephacleas se hacía el tonto, pero era un observador mucho más perspicaz de lo que muchos creían.

Gardus negó con la cabeza.

—Algo. Dolor. Truenos. Y la voz de Sigmar, como una campana que repicando en lo alto y alzándose desde las profundidades. —Vacilé un momento—. Fue más doloroso que la muerte. Me sentí aliviado cuando terminó. No volvería a pasar por lo mismo por nada del mundo. —Se quedó callado. Había muerto en el Athelwyrd, y lo habían forjado de nuevo en el Yunque de la Apoteosis. Fin de la historia. No valía la pena darle más vueltas.

Zephacleas parecía estar deseando preguntarle más cosas sobre el asunto, pero, por suerte, se guardó para sí su curiosidad y le dio una palmada en el hombro.

—Me alegra verte de vuelta, amigo mío. Y siento no haber podido luchar a tu lado en tu última incursión.

Gardus asintió con la cabeza. La batalla del Gran Collar Verde había sido cruenta y muchos guerreros, incluidos Hallowed Knights, habían caído en el toroide volante. Habían logrado la victoria, sí, pero, como siempre, habían pagado un alto precio por ella.

—Esa batalla te venía mejor a ti que a mí. Hubo muchas arañas gigantes.

—Me pierdo todas las batallas que merecen la pena —dijo con tristeza Zephacleas. Esbozó una sonrisa—. Bueno, siempre habrá más.

—Por desgracia.

Gardus se dirigió hacia la panoplia y comenzó a ponérsela. Otros Lord-Celestans aceptaban de buena gana que los ayudas de cámara les echaran una mano con ella, pero Gardus carecía de la paciencia que requería disfrutar de esos lujos. O se la ponía él solo o no se la ponía. Se la enfundó lentamente, sintiendo cómo el calor de la sigmarita mitigaba el dolor de sus músculos.

—Pero tal vez eso cambie algún día.

Zephacleas soltó un gruñido y se rascó el mentón.

—He oído que pronto te reincorporarás a tu cámara en Ghyran para un último envite en las llanuras de Vo, o eso cuentan los rumores.

—No deberías hacer caso de los rumores —repuso Gardus. Estaba impaciente por regresar a su cámara. Y no era el único. Otros guerreros, algunos reforjados recientemente, volverían a Ghyran con él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que los Steel Souls lucharon todos a una. Juntos de nuevo podrían inclinar la balanza de la guerra en los Reinos del Jade a favor de Alarielle. Al menos así lo esperaba Gardus.

—Grymn debe de estar dando saltos de alegría —dijo Zephacleas.

Lorrus Grymn, Lord-Castellant de los Steel Souls, había asumido el mando general de la cámara de guerreros tras la caída de Gardus en el Athelwyrd. El Lord-Castellant había liderado a los Steel Souls para que cumplieran su misión en los Reinos del Jade y defendieran a Alarielle de los siervos infectos de Nurgle, el Dios de la Plaga. Su esfuerzo había culminado con la batalla final contra las fuerzas de los portadores de putrefacción en la Cumbre Piedranegra y el subsiguiente renacimiento de Alarielle.

—Se lo ha tomado bastante bien —dijo Gardus. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en el taciturno guerrero. Grymn era el escudo de los Steel Souls, mientras que Gardus era su espada. Allí donde él decidiera plantar su estandarte, ningún enemigo tenía posibilidad alguna de prosperar, como bien habían aprendido los siervos de los Poderes Ruinosos, la última vez durante el reciente sitio de la Ciudad Viviente—. Los sylvaneth lo alaban.

—Es lo menos que pueden hacer después de todo lo que habéis hecho ambos por su diosa —señaló Zephacleas. Agarró el martillo de Gardus y dio un golpe en el aire a modo de prueba—. Pero, bueno, los dioses no se distinguen por su gratitud.

Gardus se irguió y envainó la espada rúnica. Recogió el yelmo y le quitó a Zephacleas el martillo de las manos. Con independencia de lo que pensara su compañero, él consideraba que Alarielle no estaba en deuda con ellos, pues habían sido los Stormcast Eternals quienes, en su ignorancia, le habían costado a la diosa su último refugio en Ghyran. Las deudas que pudiera haber entre ellos estaban saldadas.

—No nos corresponde a nosotros cuestionar a los dioses, amigo mío. Solo tenemos que cumplir su voluntad, cualquiera que esta sea. Por muy grandes que sean las exigencias...

Zephacleas se echó a reír.

—Naturalmente que debemos cuestionar a los dioses. ¿Cómo si no sabrían que los escuchamos? —Hincó un dedo en el pecho de Gardus—. ¿Eh? Dime.

Gardus rio.

—He echado mucho de menos discutir contigo, pero me temo que me esperan en otro sitio, donde estoy seguro de que no me lo pasaré tan bien. —Apartó la vista de Zephacleas para mirar detrás de él—. ¿No es así, hermana?

—La puntualidad siempre ha sido una de tus mejores virtudes, Steel Soul —dijo la recién llegada según se acercaba. La Lord-Celestant era tan grande como Gardus, y su armadura de guerra plateada estaba cubierta de plegarias bendecidas. Llevaba el yelmo prendido del cinturón, y su cara redonda y de tez oscura adquirió una expresión de profunda desaprobación al examinar a Zephacleas—. Sin embargo, tu inclinación a trabar amistades de dudosa reputación siempre ha sido tu mayor defecto. Ándate con ojo, no vaya a ser que te lleven por el mal camino.

—Lady Cassandra, siempre es un placer verte —dijo Zephacleas, haciendo una reverencia torpe sin dejar de mirarla—. ¿Qué te parece esta muestra de respeto?

—Adecuada —respondió lady Cassandra, sonriendo ligeramente—. Por los pelos.

La Lord-Celestant Cassandra Stormforged había formado parte de la primera huestormenta que había luchado en los Reinos Mortales. Ella había desalentado a la Reina de las Espadas y recuperado la antigua ciudadela fronteriza de Ytalan en el nombre de Sigmar durante la guerra del Cráter. Los Stormforged golpeaban como un rayo y no dejaban nada a su paso.

—Tan temerario como siempre, Beast-Bane. Creo recordar que eso mismo estuvo a punto de matarte en Klaxus —añadió Cassandra.

—Sí, pero aquí estoy —repuso Zephacleas, haciendo un gesto con los brazos abiertos.

—En efecto. Gracias a mí —dijo ella—. De nada, por cierto. —Miró a Gardus mientras Zephacleas balbuceaba alguna cosa—. Es la hora, hermano. El Alma Sombría requiere nuestra presencia. Los señores de la cuarta huestormenta deben reunirse en el Sepulcro de los Fieles.

Gardus asintió.

—De acuerdo. —Dio un golpecito con el martillo en la hombrera de Zephacleas—. Me ha alegrado volver a verte, hermano.

—Lo mismo digo —repuso Zephacleas. Levantó del suelo a Gardus con un abrazo de oso que le hizo vibrar las costillas y lo apretó con la

fuerza suficiente para que su armadura de sigmarita crujiera—. Ve con Sigmar, hermano. Y, si necesitas ayuda, acudiré a tu lado, ya sea para morir o para destruir.

Cassandra se aclaró la garganta tímidamente.

—Se hace tarde, hermano.

—Sí —dijo Gardus. Extendió el brazo con el martillo—. Ve tú delante, hermana. El Sepulcro de los Fieles nos espera.

El fragor de la industria incesante resonaba en las cámaras celestes de Sigmaron mientras Tornus *el Redimido* caminaba a paso ligero detrás de su Lord-Celestant.

—No lo entiendo, mi señor —dijo el Caballero-Venator, haciendo todo lo posible para disimular su perplejidad—. ¿Va a celebrarse un... funeral?

—Más o menos —respondió comprensivo Silus *el Intachable*. Condujo a Tornus por una plataforma elevada exterior, pasado el gran vacío del mar universal. A lo lejos las cúpulas de éter crepitaban con los rayos que capturaban, canalizando la furia de la tormenta hasta las forjas de la ciudadela. Tornus se estremeció al oír, por debajo del estruendo de los truenos, lo que bien podrían haber sido los gritos de los que estaban sometiéndose a una reforja.

—Pero nosotros no morimos. Nos reforjan.

—Sí.

Tornus alzó la vista cuando la sombra de unas alas relumbrantes lo sobrevoló y divisó a su águila estelar, Ospheonis, destellando en lo alto. El ave se había convertido en una compañera inseparable desde su reforja, y lo seguía adondequiera que fuera. Cuando Tornus vio que Silus no iba a extenderse en su explicación, preguntó:

—¿Quién es el muerto?

Silus se detuvo y dejó caer los hombros ligeramente mientras se volvía.

—Un hermano de nuestra huestormenta. Tarsus Bull Heart.

—No lo conozco —señaló Tornus. Lo cierto era que apenas conocía a un puñado de sus nuevos hermanos. Todos lo habían recibido cordialmente, pero muy pocos buscaban su compañía. No les reprochaba sus reticencias, pues era quien era y quien había sido.

—No. Encontró su destino antes de que te reforjaran.

Tornus advirtió cierta vacilación en la respuesta. Asintió despacio con la cabeza.

—Quieres decir antes de que volviera a ser Tornus —dijo en voz baja. Silus frunció el ceño.

—Siempre has sido Tornus. Todo lo demás era una mentira.

—Entonces no parecía una mentira —replicó Tornus. Sonrió para dejar claro que estaba bromeando, si bien se hallaban en una situación que admitía pocas bromas. Afloraron los escasos recuerdos que conservaba de su vida como defensor de los Pozos de la Vida y de su posterior temporada preso en el Foso de la Inmundicia. Respiró hondo. Había resistido durante setenta y seis días a las brutales atenciones del elegido de Nurgle, hasta que su obstinado rechazo a sucumbir fue lo que desencadenó su perdición.

En el septuagésimo séptimo día, Tornus murió y surgió de sus despojos, como un gusano de una herida, Torglug *el Despreciado*. Las cosas que había hecho como Torglug aún lo perseguían... Recordaba con absoluta claridad la inundación del Athelwyrd y el derribo del Roble Lunar, los gritos de sus compatriotas y los alaridos roncós de los arbóreos... Todas atrocidades cometidas por él. Él había sido el Leñador, la afilada hoja del hacha de Nurgle apretada contra la corteza del Árbol del Mundo.

Hasta el episodio de la Cumbre Piedranegra y el advenimiento del Celestant-Prime. Tornus aún podía sentir el calor del primer y último golpe del guerrero divino abriéndose paso como una llamarada por el cuerpo podrido de Torglug para liberar la menguada esencia de Tornus. Esa esencia se desarrolló a golpes de martillo en el Yunque de la Apoteosis, donde le habían dado forma hasta convertirlo en una máquina de venganza y redención. Aun así, todavía oía los gritos de los inocentes que había asesinado. A veces se preguntaba si le habrían dejado esos recuerdos con alguna intención oculta; tal vez para que nunca olvidara lo bajo que había caído. O quizá para advertirle de lo que le deparaba si alguna vez volvía a caer.

Silus hizo el ademán de darle una palmada en la espalda pero no llegó a hacerlo.

—Da igual lo que fueras en el pasado, Tornus, ahora eres un Stormcast Eternal. —Dejó caer la mano—. Eres un Hallowed Knight. Un vástago de la cuarta huestormenta. ¿Quiénes resistirán cuando todos los demás sucumban?

—Solo los fieles —respondió Tornus. Y él era todo eso, ciertamente, pero Silus nunca lo había llamado «hermano». Ninguno de ellos lo

había hecho aún. Quizá solo fuera una cuestión de tiempo. Eso esperaba. Mientras tanto, estaba decidido a hacer todo lo que fuera necesario para ganarse ese honor.

—Solo los fieles —repitió Silus—. Ahora, vamos. Es hora de que aprendas de una vez por todas lo que eso implica realmente. Ha llegado el momento de que sepas cuál es el verdadero precio de la fe.

Tornus asintió en silencio. Ya tenía una idea aproximada de cuál era ese precio del que hablaba Silus, si bien no veía por qué insistir en el asunto.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Al Sepulcro de los Fieles. Todas las huestormentas tienen mausoleos parecidos, aunque les ponen otros nombres. Es un lugar para la meditación en silencio, donde se honra a los muertos reales y se rememoran y relatan nuestras vidas mortales, para que no se pierdan para siempre en el caso de que nosotros las... olvidemos.

Un leve escalofrío recorrió a Tornus.

—Yo preferiría olvidar mis recuerdos.

—No —aseveró con voz firme Silus—. ¿Crees que eres el único con un pasado oscuro? Entre nosotros hay muchos que solo hallaron la fe en su postrer instante de vida, o que descubrieron la luz después de toda una existencia de tinieblas. —Miró con el rabillo del ojo al Caballero-Venator—. Es cierto que ninguno cayó tan bajo como tú, Tornus, pero algunos... estuvieron muy cerca. Por eso Sigmar te ha colocado con nosotros.

Tornus guardó silencio. Se había formado sus propias sospechas sobre su integración en las filas de sus actuales hermanos, los mismos que, hasta muy recientemente, había tratado de aniquilar por todos los medios. Una lección más. Otro recordatorio. Ese mundo nuevo estaba repleto de ellos.

La Gran Campana Funeraria estaba sonando en algún lugar, y sus tañidos componían un panegírico de los caídos. En su andar se cruzaban con Stormcasts de otras huestormentas que iban de un lado a otro abismados en sus propios asuntos, y Tornus los observaba escrutadoramente. No podía evitar compararlos con los guerreros corrompidos junto a los que había luchado en los Reinos del Jade. Ahí no había ni rastro de las frecuentes discusiones que enfrentaban entre sí a los siervos de los Poderes Ruinosos. En vez de una horda en la que cada guerrero luchaba por su propia gloria, los Stormcasts estaban

verdaderamente unidos, tanto en la guerra como en la paz. De hecho, lo mismo podía decirse de la mayoría de los habitantes del reino de Sigmar.

En Sigmaron no solo residían los Stormcast Eternals. Allí donde mirara, Tornus veía a representantes de Azyrheim, ingenieros del Arsenal Soldaduraférrea e incluso emisarios de los retraídos clanes de los Desposeídos yendo de aquí para allá. En los días oscuros, cuando los ataques del Caos habían hecho tambalear los Reinos Mortales, muchos habían buscado refugio en Azyr. Con la guerra todavía en curso, los descendientes de esos refugiados se preparaban ahora para recuperar lo que les habían arrebatado.

Silus saludó con una cabezada amistosa a varios de esos emisarios (un sacerdote guerrero de piel oscura y de gran estatura que llevaba un libro fuertemente apretado contra el pecho, un soldado de los Freeguilds con el yelmo lleno de plumas resplandecientes y un guerrero duardin con cara de pocos amigos, enfundado en una primorosa armadura y armado con un martillo con runas inscritas), si bien no habló con ninguno de ellos. Escrutó con perplejidad al duardin; en tiempos más tenebrosos se había batido con otros como él. Torglug *el Leñador* había hecho trizas los escudos de hierromadera de los root-kings y derribado sus ciudadelas de piedrarroble.

—Nosotros somos la tormenta y ellos las semillas que germinan con nuestra lluvia —dijo el Lord-Celestant al reparar en la fascinación que ejercían los mortales en Tornus.

—Cada vez son más —comentó este—. Mi pueblo, los guardianes de los Pozos de la Vida, era cada vez menor. A medida que la tierra enfermaba, también lo hacíamos nosotros, y nuestro número disminuía a cada nueva generación.

—Y ahora tierra y pueblo volverán a crecer juntos, si no nos desviamos del camino que nos marca el Rey Dios. —Silus rebosaba confianza.

Tornus no compartió con él sus dudas. Había visto demasiadas cosas como para creer que la victoria era segura. Pero, si carecía de esa fe, ¿podía considerarse un verdadero fiel?

Aún estaba sumido en esas reflexiones cuando por fin llegaron a su destino. No estaban solos. Otros Stormcasts, todos ataviados con los colores plata y azur de los Hallowed Knights, se congregaban en la amplia antecámara. Tornus se quedó pasmado por la solemnidad que lo rodeaba y una pizca intimidado. Las paredes estaban cubiertas por unos

intrincados bajorrelieves, y en las inmensas columnas que flanqueaban el camino hasta la cámara estaban inscritos los *Cantos de Fe*. Suspendidos del techo colgaban ornados faroles que lo bañaban todo con una tenue luz azul.

Sin embargo, lo que atrajo la atención de Tornus fueron los grandes libros encuadernados en hierro encadenados a las estanterías de piedra dispuestas a lo largo de una pared. Se decía que los recuerdos mortales, fragmentados o incompletos, de cada uno de los Hallowed Knights, desde un Lord-Celestant hasta un Liberator, se compilaban en los *Libros de los Fieles*. Unos pocos Lord-Relictors eran los responsables de custodiarlos y ampliarlos, pero todos los Hallowed Knights tenían permitido leerlos para renovar su fe.

Tornus se preguntó cuándo se añadirían sus recuerdos al registro. Sospechaba que sus acciones de alguna manera mancillarían su pureza. Tal vez, cuando llegara el momento, se negaría. ¿Qué sentido tenía cargar a otros con el peso de sus pecados?

Nadie habló mientras entraban en fila en la cámara, donde un grupo de Lord-Relictors, con yelmos en forma de calavera, los aguardaban pacientemente. Los señores de los relámpagos vivientes, enfundados en sus barrocas armaduras mortis, tenían un aspecto amedrentador, incluso para los Stormcasts. Una energía arcana crepitaba sobre las armaduras de guerra plateadas e iluminaba los crueles sigilos y las macabras reliquias que las decoraban.

Los señores se habían desplegado alrededor de una inmensa columna de piedra pálida, mayor que las demás, erigida en el centro de la cámara. Se decía que el mismísimo Dracothian la había tallado en la más pura celestina con sus propias garras, y que los más destacados mamposteros de los Desposeídos la habían cincelado con herramientas ancestrales hasta darle su forma actual. La columna brillaba como la luz de las estrellas. Estaba desprovista de todo elemento decorativo, salvo por lo que parecían unos clavos de sigmarita hundidos de manera dispersa por su superficie.

Tornus paseó la mirada en derredor, estudiando a los Stormcasts que lo rodeaban y buscando un rostro conocido en medio de aquel mar plateado. Daba la impresión de que todos los comandantes y oficiales de todas las cámaras de la cuarta huestormenta habían acudido a la ceremonia. Reconoció a unos cuantos: Iorek Ironheart, Cassandra Stormforged e incluso Gardus de los Steel Souls estaban presentes.

Al ver a este último se le encogió el corazón. Los Steel Souls habían sido un incordio permanente en su vida anterior. Había quien afirmaba que Gardus se había arrojado al Jardín de Nurgle y había escapado sin corromperse. A Tornus no le costaba creer que fuera cierto, pues del Lord-Celestant irradiaba una luz tenue y misteriosa que le recordaba a las energías purificadoras del Celestant-Prime. Era innegable que los tormentos que había tenido que soportar el Steel Soul lo habían transformado.

Tornus sabía que esos cambios se habían producido después de que Gardus pereciera en la batalla del Athelwyrd. Si bien Torglug no había asestado el golpe mortal, él había propiciado la situación que desembocó en él, y aún podía oír dentro de su mente el eco de sus risas mientras observaba cómo un demonio convocado por él aplastaba la figura plateada en apuros del Steel Soul.

Un Lord-Relictor golpeó el suelo con la contera del báculo y Tornus se sobresaltó. Reconoció a Cerberac Darkfane, el Lord-Relictor de la cámara de guerreros de los Ironhearts.

—Repica la Campana del Lamento— anunció con una voz ronca y profunda—. Las estrellas lloran. ¿Quién resistirá cuando los cimientos de los cielos se desmoronen?

—Solo los fieles —entonaron los Lord-Relictors congregados.

—Solo los fieles —repitió Cerberac—. Adelántate, Ramus de los Shadowed Souls. Adelántate y cumple tu cometido.

Otro Lord-Relictor se adelantó. Su armadura mostraba signos de deterioro y en algunas zonas había perdido su lustre plateado; el borde azur estaba hecho trizas. Una grieta cruzaba de arriba abajo el yelmo en forma de cráneo, y por ella se atisbaban las facciones pálidas de su rostro. Tenía la oscura capa chamuscada y harapienta. Su armadura, como la de todos los Lord-Relictors, estaba decorada con sigilos de fe, muerte y tormenta, y del hombro le colgaba el escudo plateado con el cometa de dos colas repujado. A diferencia de sus pares, no sujetaba un báculo relicario, sino que empuñaba un martillo antiguo en una mano y un clavo de sigmarita en la otra.

—¿Cuántas veces? —preguntó Ramus, levantando el clavo. Su voz sepulcral resonó en la cámara—. ¿Cuántas veces nos hemos reunido aquí los fieles desde que se abrieron las Puertas de Azyr y se liberó la tormenta de Sigmar sobre los Reinos Mortales? —Sin esperar la respuesta, continuó—: ¿Cuántas veces más nos reuniremos aquí en los días venideros?

El Lord-Relictor miró a su alrededor, posando sus ojos durante más tiempo en unos que en otros. Tornus sintió el peso de su mirada y se preguntó qué tormentos habría padecido Ramus de los Shadowed Souls.

—No tengo la respuesta —prosiguió Ramus—, pues los espíritus guardan silencio sobre este asunto. Sin embargo, no importa cuántas sean. Nosotros asistiremos de buen grado. Mucho se exige...

—A quienes mucho se concede —concluyeron Tornus y el resto de los presentes. Los Hallowed Knights hablaron al unísono, con una voz suave y profunda.

—Bendigo este clavo de preciada sigmarita en el nombre de aquel a quien hemos perdido. Tarsus Bull Heart, Lord-Celestant de los Bull Hearts. Héroe de las Tierras Azules. —El Lord-Relictor apoyó la punta del clavo en la columna y levantó el martillo—. Que su nombre... Que su nombre se una al de todos los demás que se han marchado para siempre, que nunca serán reforjados.

Tornus reparó en la fugaz vacilación de Ramus y, a juzgar por la expresión que vio en otros rostros, se dio cuenta de que no había sido el único.

Para un Stormcast Eternal, la muerte no era el final. Sin embargo, había destinos peores que la muerte, y un final incluso para los inmortales. No quedaba ni una sola huestormenta que no hubiera sufrido ya una baja como esa en el transcurso de la guerra. Tornus reprimió el impulso de ponerse a contar los clavos que tachonaban la columna. Había muchos.

Un rayo destelló cuando elpreciado martillo impactó en la cabeza plana del clavo y lo hundió en la columna. Solo fue necesario un martillazo, y las reverberaciones del golpe inundaron la cámara y acallaron durante un instante todos los demás ruidos. El Lord-Relictor retrocedió con el martillo colgándole flojamente de la mano.

—Hecho —dijo en un tono que sonaba a derrota.

Cerberac Darkfane volvió a golpear el suelo con el báculo.

—Hecho. Otra alma perdida. Pero mientras quede una sola, perduraremos. ¿Quién preservará la luz hasta que se extinga?

—Solo los fieles —respondieron a la vez los Hallowed Knights.

—Más alto, hermanas y hermanos —les reprendió Cerberac—. Que Sigmar oiga vuestras voces en este momento de profunda aflicción para nosotros. ¿Quién defenderá todo lo que existe, incluso del olvido?

—¡Solo los fieles! —respondieron con un rugido atronador.

La columna comenzó a brillar con intensidad mientras se apagaban los ecos del mantra, y de un clavo a otro saltaron rayos de luz que los recubrieron fugazmente con unas irradiaciones azul celeste. Mientras los destellos y el ruido se extinguían, Tornus inclinó la cabeza para honrar al guerrero que nunca había conocido y ya nunca conocería.

—Solo los fieles —dijo por lo bajo.